

MUY ESTIMADOS TODOS, como Familia Xaveriana, el 5 de noviembre celebramos la memoria de nuestro Padre y Fundador, San Guido María Conforti. Es una ocasión especial para dar gracias Dios por el don de Conforti, don para la Iglesia y para nosotros de manera particular. Gracias porque, haciéndose disponible a la acción del Espíritu, la Iglesia se ha enriquecido con una Familia consagrada para la misión *ad gentes* de nuestro Señor Jesús.

¿Cómo agradecer a Dios por ello? El modo mejor para hacerlo es, sin duda, acogiendo en nuestra vida el Testamento que San Guido M. Conforti nos ha dejado, fraguado particularmente en sus enseñanzas. Hagámoslo como hijos que, escuchando al padre con un corazón generoso y lleno de confianza, se dejan guiar por él.

«Y ya teniendo que despedirme de ustedes, permítanme que, resumiendo lo que les he dicho, les exprese un deseo: el deseo de que la característica que debe ser el distintivo de *los miembros presentes y futuros* de nuestro Instituto, sea siempre el resultado de estos factores: *espíritu de fe viva* que nos haga ver a Dios, buscar a Dios y amar a Dios en todas las cosas, avivando en nosotros el anhelo de propagar por todas partes su Reino; *espíritu de obediencia* pronta, generosa, constante en todo y a toda costa, para conseguir las victorias que Dios ha prometido al hombre obediente; *espíritu de amor intenso hacia nuestra Religiosa Familia*, a la que hemos de considerar como madre, y de caridad a toda prueba hacia los miembros que la componen. Y este deseo mío, que han de considerar *como el testamento del padre*, lo confío al Corazón adorable de Jesús, rogándole que lo haga eficaz con su gracia» (CT 10).

a. «*Espíritu de viva fe que nos haga ver a Dios, buscar a Dios y amar a Dios en todas las cosas, avivando en nosotros el anhelo de propagar por todas partes su Reino*».

La fe es un don de Dios, no es una conquista personal. No se le puede forzar. Por ello, es importante hacer memoria del primer encuentro con el Señor resucitado. Sí, aquel encuentro — «He visto al Señor» (Jn 20,18) — que ha generado nuestra disponibilidad total a Dios y a su proyecto de amor por la humanidad. Hacer memoria, no para permanecer en el pasado viviendo de recuerdos, sino para continuar a crecer en el conocimiento y en el amor de Dios.

«*Ver a Dios, buscar a Dios y amar a Dios en todas las cosas*» es el fruto del amor cotidiano a Dios, verificado en la *perseverancia*. Se me ocurre la imagen del fuego para iluminar esta verdad. El fuego, para que pueda calentar e iluminar, necesita ser alimentado continuamente. Si no se nutre, pierde fuerza, disminuye su iluminación, no calienta como al inicio... Y puede acabar por apagarse o en cenizas.

«Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga» (EG 262).

«*Ver a Dios, buscar a Dios y amar a Dios en todas las cosas*». El verdadero amor de Dios lleva a reconocerlo y amarlo en los demás, especialmente en los más pequeños y vulnerables. Amar a Dios lleva a amar su proyecto de amor por la humanidad. Y amar el proyecto de Dios implica empeño personal y comunitario, colaboración activa, testimonio concreto de los valores del reino de Dios, hasta el último suspiro de nuestra vida.

«Se debe rechazar la tentación de *una espiritualidad intimista e individualista*, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad y con la lógica de la Encarnación» (EG 262).

b. «*Espíritu de obediencia pronta, generosa, constante en todo y a toda costa, para conseguir las victorias que Dios ha prometido al hombre obediente*».

Obedece el que *ama a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas* (Mc 12,30). Obedece el que *termina de pensar en sí mismo, toma su cruz y sigue a Jesús... el que está dispuesto a sacrificar la propia vida por Jesús y por el Evangelio* (Mc 8,34–35).

Obediencia pronta, generosa, constante en todo y a toda costa. Obediencia como Jesús la ha vivido: *disponibilidad* incondicional a la voluntad del Padre, al Reino. «No he venido del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del Padre que me ha enviado» (Jn 6,38). Añado, también, la importancia de la claridad mental en la vida del consagrado a Dios, que es guiada evidentemente por la verdad espiritual: «Yo no puedo hacer nada por iniciativa mía; como oigo, juzgo, y mi juicio es justo porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» Gv 5,30.

La disponibilidad debe ser acompañada por la *generosidad*. Ser consciente que la vida es un don, que no nos pertenece, que lo que somos es por pura gracia de Dios, que lo que hacemos es por la acción del Espíritu. Es la experiencia personal de San Pablo: «Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no resultó vana; antes bien he trabajado mucho más que todos ellos, aunque no yo, sino la gracia de Dios en mí» (1Cor 15,10).

Hay *peligros* en el camino de una vida que hace voto de obediencia a Dios. El principal es la *auto-referencialidad*, que es precisamente lo que va contra la primera condición que Jesús les pone a las personas que quieren seguirlo (Lc 9,23–24). A este se añade la *comodidad* (EG 20), un cierto aburguesamiento, cuando se acoge acriticamente la mentalidad mundana (Rom 12,2) ...

Todos estos peligros son expresiones de una vida centrada en sí mismos, en los propios intereses, visiones, gustos, preferencias particulares... y no en Dios. En resumen, una vida gris (Ap 2,4–5; 3,16), una vida no sólo insignificante para el reino de Dios, sino también destructiva de su plan de salvación de la humanidad.

c. «*Espíritu de amor intenso hacia nuestra religiosa familia, a la que hemos de considerar como madre, y de caridad a toda prueba hacia los miembros que la componen*».

Es bonita la imagen que Conforti nos da para hablar de la relación con nuestro 'Religiosa Familia'. Dice que tenemos que considerarla «*como madre*». La Familia Xaveriana es

nuestra madre en la vida religioso-misionera, es ella la que nos ha acogido y nos ha dado un nombre: Xaverianos. Una madre es una madre, nada de más ni nada de menos. Una madre debe ser amada ante todo por lo que es para cada uno sus hijos. Un buen hijo sacrificará incluso sí mismo por su madre. No hay ninguna obligación, hay amor.

Este es *el sentido de pertenencia*. La Familia Xaveriana debe ser amada por lo que es para cada uno de nosotros. Uno de los frutos del sentido de pertenencia es *la corresponsabilidad*. Como en toda familia, también en la nuestra hay toda una vida que administrar a fin de que pueda alcanzar la finalidad para la cual ha nacido. El amor que tienes por ella te lleva a acoger positivamente el servicio que se te pide, la responsabilidad que se te encomienda, pequeña o grande, no importa. Y haciendo bien las cosas, generosamente.

A este respecto, quisiera recordar aquí una de las más bonitas frases, en mi opinión, de Martin Luther King. Dijo: «Un hombre llamado a ser barrendero, debería barrer las calles tal como Miguel Ángel pintó, o Beethoven compuso, o Leontyne Price cantaba en el Metropolitan Opera, o Shakespeare escribía poesías. Debería barrer tan bien las calles, que todos los huéspedes del cielo o la tierra se detuviesen para decir que por aquí ha vivido un gran barrendero que hizo bien su trabajo».

Quisiera también agradecer a todos los cohermanos que, en este primer año de servicio en la DG, he visto durante las visitas: su empeño misionero y el gran amor por nuestra Familia. ¡Y estos son muchos, realmente muchos! Detrás de esta manera de vivir en el servicio y en la dedicación más total, a menudo silenciosa y sin hacer ruido, está escondida una vida interior muy fecunda, en la que «Nosotros amamos, porque Él nos amó primero» (1Jn 4, 19). ¡Gracias! Su testimonio cotidiano, que nos llama «a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante» (*Gaudete et exultate*, 138), es expresión de santidad evangélica.

ACOMPañAR. Amar a nuestra 'religiosa familia' significa, también, *acompañarla activamente en el camino que está recorriendo* para poder responder siempre de la mejor manera a lo que el Espíritu del Señor quiere decirnos e indicarnos en este momento de nuestra historia (Jn 14,16–17; 15,26–27). El XVI Capítulo General nos hizo una invitación urgente a *Repartir del Primo Anuncio*. Esto comporta iniciar un camino de reposicionamiento de nuestras presencias y estructuras para responder siempre de la mejor manera hoy al carisma que hemos recibido. Cuatro años después, el XVII Capítulo General ha retomado esta invitación, comprobando que «tal proceso de renovación, reestructuración y reposicionamiento no ha sido aún acogido en su urgencia». Y nos invita «a un decidido cambio de marcha» (Documentos XVII CG 12).

Las palabras del Papa Francisco acompañan y guían nuestros pasos.

«Sueño – dice el Papa Francisco – con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. *La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan*

más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía Juan Pablo II a los Obispos de Oceanía, «toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial» (EG 27).

Y hace una invitación apremiante.

«La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del «siempre se ha hecho así». Invito a todos a *ser audaces y creativos* en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades» (EG 33).

Amar, por lo tanto, acompañando activamente a nuestra Familia en el camino que está recorriendo y que tiene todavía que recorrer a fin de ser significativa en la vida de la Iglesia, según el carisma recibido.

PROFESIÓN PERPETUA. Damos las gracias al Señor por los jóvenes cohermanos que harán en estos días la profesión perpetua en nuestra Familia. Ellos son: Domingus Bere Dina Arianto Dominggus, Evrard Djounang Tiomou, Meldeus Niyoyitungira, Jacques Nkem Epana y François Saleh Moll en la Ciudad de México; Joseph Ghomsi Deffo, Serge Kabalama Cibangala e Innocent Munandi Bahige en Parma. Ya han hecho la profesión: Jean Zihahirwa, Hermann Kentsa, Benyamin Sam y Yohanes Taninas en Yaoundé; y Maurice Fokam en Manila. Gracias por la entrega de su vida al Señor en nuestra Familia. Los acompañamos con nuestra estima, fraternidad y oración.

«*La alegría evangelizadora* siempre brilla sobre el trasfondo de la memoria agradecida: es una gracia que necesitamos pedir. Los Apóstoles jamás olvidaron el momento en que Jesús les tocó el corazón: «Era alrededor de las cuatro de la tarde» (Jn 1,39) (EG 13).

A todos les deseo una buena fiesta de San Guido M. Conforti.

¡Qué su oración de intercesión nos acompañe cada día!

Fraternalmente,
FERNANDO GARCÍA RODRÍGUEZ, SX